

# Historia e historiadores

José Rubén Romero Galván

*“Siglos de historia humana y apenas hoy ocurren los hechos”, afirma Borges. José Rubén Romero reflexiona sobre el papel central que tienen la historia, el pasado y la memoria para quien busque comprender la naturaleza en apariencia fugitiva del presente.*

Conocer el pasado es una actividad que ha acompañado al hombre desde tiempos inmemoriales. Las antiguas culturas explicaban el inicio de su devenir aludiendo a tiempos muy remotos en los que las deidades habían tomado la decisión de crear un mundo en el que finalmente colocaron al hombre, cuya presencia fue el comienzo de un drama en extremo complejo.

Los ejemplos son infinitos e inmensamente bellos. Los relatos que dan cuenta de esos momentos primigenios, cuya variedad se multiplica hasta igualar el número de los pueblos que los pensaron, tienen como común denominador el vínculo profundo entre el hombre y los dioses, sus creadores.

Es así que el devenir del hombre en esos tiempos primeros se desarrolló en la presencia evidente y la intervención continua de sus dioses, mismas que con el paso de los tiempos se fueron haciendo paulatinamente más discretas, dejando el escenario casi completo para el hombre y sus acciones.

Más allá de la belleza que los caracteriza, estos relatos constituyen una manera de explicar la existencia del mundo, del ser del hombre y, en última instancia, de sus profundos vínculos con las deidades. Es así que esta explicación del pasado, lejos de presentarse como una simple anécdota o historia fantástica, adquiere dimensiones de una trascendencia incuestionable, pues tanto da cuenta del origen mismo del mundo donde se vive, como da las razones de la condición del ser humano.

La manera como el hombre mira al pasado ha transitado desde estas formas antiguas hasta las modernas historias, fruto de indagaciones muchas veces en verdad complejas. Esto significa que la manera como el hom-

bre se ha enfrentado al pasado y ha construido su historia tiene también una historia.

No es mi intención relatar ese devenir de la historia en tanto fruto de la relación del hombre con lo que le ha ocurrido; ello sobrepasa infinitamente mis intenciones. Se trata sólo de dejar claro que, desde milenios atrás, mirar al pasado, conocerlo y explicarlo ha sido una actividad importante y necesaria del hombre.

Cabe preguntarse por qué existe en el hombre esa necesidad, no pocas veces re vestida de fascinación, de observar su pasado y de explicar los acontecimientos que ocurrieron en él. Las respuestas pueden ser muy variadas. De ellas sólo mencionaré algunas, sin que atine a explicar los motivos de mi selección.

La primera a la que se puede aludir, por estar vinculada con una de las capacidades del ser humano, es aquella que se relaciona con el acto de recordar. En efecto, al fin dotado de memoria, el hombre guarda en sí un cúmulo de recuerdos, muchos de ellos incluso aparentemente dejados de lado, que en ciertos momentos cobran vigencia y emergen a la superficie para integrarse a una construcción memorística, que se torna en discurso respecto del pasado y que continuamente es reelaborado por el hombre.

Las comunidades humanas son poseedoras de lo que se ha llamado memoria colectiva. Ésta puede ser definida como un fenómeno social, importante y en extremo complicado, en el que los recuerdos particulares entran en una dinámica que sólo compete a la comunidad, pues es en su seno que son confrontados con otros recuerdos, completados e incluso corregidos. Con ello el grupo accede a la convicción de que aquello que se



Vitral alegórico relativo a las diferentes disciplinas universitarias, Biblioteca de Estrasburgo, 1589

guarda en la memoria es veraz. Es en este momento cuando se puede decir que la memoria colectiva cobra vida y se incluye como factor importante en los procesos de la identidad del grupo. La memoria, almacén dinámico de los recuerdos, adquiere así el estatus de necesaria. Es de esta manera que el pasado, o al menos lo que de él se recuerda y se integra en la construcción de la memoria, adquiere también el carácter de necesario.

Otra razón posible para explicar por qué el hombre establece vínculos tan evidentes con el pasado es la necesidad que tiene de construir continuamente relaciones con quienes se encuentran alrededor. Si éstas se dan entre los miembros de una comunidad, se sustentan en un ayer, en acontecimientos ya ocurridos que dan sentido a los vínculos que allí se producen. La formalización de un vínculo a través de un rito matrimonial, el nacimiento

de una criatura, un rito de pasaje, la muerte de un individuo... mucho de esto, una vez ocurrido, al ser parte del pasado, vendrá a convertirse en recuerdo y dará un sentido a las relaciones que a partir de ello se generen.

En el caso de las comunidades, otros serán los acontecimientos que marquen de algún modo el devenir del grupo. Bien podría tratarse de la muerte de un gobernante, la ascensión al trono de su sucesor, una guerra de conquista o incluso un evento como la indeseable llegada de una epidemia, por no citar sino algunos ejemplos. Estos hechos cambian de algún modo la vida de la comunidad, y al trascenderse a sí mismos, se convierten en elementos fundamentales para ella, por lo que se guardarán en la memoria y serán recordados cuantas veces sea necesario.

Una tercera razón, y no menos socorrida que las anteriores, es la fascinación que en el hombre produce el pasado. Es posible que ese sentimiento provenga de una cierta nostalgia misteriosa que nos invade cuando oímos hablar de algo ocurrido en los tiempos pretéritos. Es también como si el ser humano encontrara en el pasado algo de la seguridad que en el presente en que vive le resulta inaccesible, por no hablar del misterio, en ocasiones origen de angustias, que significa el tiempo por venir, el futuro, en el que las posibilidades del acontecer se multiplican y, por supuesto, llenan de inquietud el alma del ser humano.

Hasta aquí, al hablar de algunas de las razones que sustentan la necesidad que el hombre tiene de recordar y reelaborar algo de lo que le ha acontecido, se ha tratado algo del pasado —del pasado del hombre, del hombre en el pasado— y se ha hecho referencia de algún modo a lo que bien podríamos llamar la materia prima de la historia; esto es, el hombre actuando en otros tiempos, el hombre que es capaz de ciertas acciones que lo trascienden y que se constituyen en acontecimientos memorables porque se les concede que están dotados de significación. En otras palabras se ha tratado del ser humano y de aquello que los historiadores hemos dado en llamar “hechos históricos”, que no son otra cosa que los elementos prístinos sobre los que descansan nuestras explicaciones.

La historia, como relato ordenado de los acontecimientos dignos de ser guardados en la memoria, ha existido con el hombre desde siempre. La historia como relación producto de una pesquisa, a través de la cual se da cuenta de los hechos del pasado, surgió, bien lo sabemos, en el esplendor de la Grecia del siglo V a.C. Ambas expresiones de lo ocurrido en el pasado han permitido al hombre encontrarse consigo mismo en el tiempo y en el espacio de su existencia. Por eso el conocimiento de la historia es sin duda importante.

En efecto, el pasado, que nos pertenece y al que pertenecemos, constituye nuestro ser, dota de sentido a nues-

tra existencia, explica y muestra los colores y las variadas consistencias de nuestras relaciones, tanto de aquellas que se generan en el seno del grupo al que pertenecemos, como de aquellas que establece nuestra comunidad con las que le rodean. El pasado es la región siempre vital en la que nos encontramos con nuestros semejantes y nos reconocemos humanos. Por ello, el pasado es un elemento importante de los procesos, dinámicos y complejos, que conforman nuestra identidad.

En nuestro tiempo, caracterizado por la globalización, que parece ser se empeña en borrar las fronteras que el devenir de cada pueblo ha establecido, las identidades han cobrado un sentido más profundo. Quiérase o no, son percibidas como los procesos que permiten una sana diferenciación entre los grupos humanos. Ellas constituyen la posibilidad de reconocerse en un nosotros aquí y ahora y, desde esas circunstancias, relacionarse con un ustedes allá y ahora. Y eso sin ánimo alguno de segregación. Simplemente con el sano espíritu de reconocernos en lo diverso de la humanidad. Allí el pasado, que cada comunidad construye y reconstruye en un presente que se escapa como el agua entre los dedos de la mano, tiene mucho que aportar.

Pero además de estas reflexiones y posibles explicaciones, de necesidades, fascinaciones y nostalgias, cabe preguntarse sobre qué piensa la mayoría de la gente que es la historia, o bien, para qué, según ellos, sirve la historia. Las respuestas serán sin duda muchas, tantas como el número de personas a las que se les cuestione.

Habrán algunos que, aquejados por una penosa corte de espíritu, consideren a la historia como algo superfluo porque atañe sólo al pasado y piensan que ese tiempo nada tiene que ver con ellos. Otros miran a la historia como un producto de la erudición en el cual se ha acumulado un sinnúmero de datos que, cuando mucho, están organizados cronológicamente. En este caso la historia provoca curiosidad y hasta la admiración para quien dice conocerla, siendo que lo que se admira en él es sobre todo la capacidad memorística de la que está dotado. Finalmente, algunos más pensarán a la historia con nostalgia, considerando que “todo tiempo pasado fue mejor”, que hubo una época en que el hombre vivió en paz.

Puede ser que la historia sea todo ello. Pero la historia es mucho más. Lo que enseguida se leerá no es ni con mucho la definición más acabada que jamás se haya conocido. Más bien se trata de una más que ni siquiera pretende ser original, pero que ha estado vinculada con un ejercicio continuado en las tareas de producir conocimiento del pasado. Es la experiencia la que me autoriza a expresar algo al respecto. Sí, ya sé; puede parecer inacabada, parcial, en suma, imperfecta. Pero confío en que algo habrá en ella que sea válido y que signifique algo para los lectores.

La historia es, en primer lugar, las acciones del hombre en el pasado. Con lo cual queda claro, desde el principio, que al referirnos a ella aludimos sólo a aquello que le concierne al ser humano. Esto, de entrada, nos conduce de lleno a la necesidad de poner en claro una cuestión: el pasado del hombre es inabarcable, comenzó hace muchos milenios y casi todo lo ocurrido en tan distendido lapso ha estado condenado a permanecer en la oscuridad. De todo ello sólo conocemos algo de lo más próximo o aquello que es considerado significativo.

La historia es también lo que los hombres han escrito de su pasado para dejar memoria de él. Esta segunda acepción es la que se ajusta más al significado del término, según fue definido desde la antigüedad como la narración que se hace de aquello que es producto de una indagación de lo ocurrido en el pasado.

Es un hecho que, en nuestras circunstancias, es la historia escrita aquella a la que podemos acceder. En las obras que la contienen se materializa el pasado que de algún modo está entretelado con la realidad que vivimos. En ellas lo podemos leer detenidamente, analizarlo, hacerlo nuestro. Estas obras deben ser entendidas como un producto del intelecto humano que ha sido capaz de recordar, de investigar, de analizar, de calificar



Rector de la Universidad de Praga y alumnos de diferentes nacionalidades según un antiguo cuadro existente en la Universidad de Praga



Recepción de un licenciado o doctor, facsímil de un grabado en madera, Biblioteca Real de París, siglo XVI

ciertos episodios o procesos del pasado como trascendentes, de explicarlos y, al fin, de poner en palabras y por escrito el producto de todos estos afanes.

Los textos de historia —libros, ensayos, artículos— son hijos del tiempo en que fueron elaborados. Llevan por ello las huellas que los identifican como el producto de una época determinada. Ellos nos permiten asomarnos al pasado a través de los ojos de sus autores, miradas que sólo corresponden a su tiempo. Así podemos tanto conocer el pasado al que se refieren esas obras, como algo del tiempo en el que vivieron los historiadores que las escribieron.

Por si esto fuera poco, quien se acerca a un texto de historia —además de entrar en esa doble dimensión que acabamos de describir, que consiste en conocer algo tanto del pasado referido en aquello que se lee, como del pasado en el que el autor lo escribió— sólo puede realizar la lectura que pretende inmerso en sus propias circunstancias. Ello significa que cada lectura que se realiza de un texto lleva también las huellas de la situación que su lector tiene en el mundo. Como bien se ve, la escritura de la historia y en igual medida su lectura no están exentas de problemas.

Queda pendiente la respuesta a otra pregunta que puede considerarse en verdad pertinente: ¿Para qué sirve la historia? Si entendemos ante todo a la historia como un ejercicio de explicación que concierne a las acciones de los hombres en el pasado, podremos decir en primer término que tales explicaciones nos implican muy pro-

fundamente, pues se refieren a acciones que fueron llevadas a cabo por seres como nosotros, que vivieron en este mundo, que amaron, que sufrieron, que pensaron, que creyeron en sus divinidades, que tuvieron ideales. Ese “ser como nosotros” nos identifica muy profundamente con los hombres del pasado. La cercanía es tal que podemos comprenderlos y explicar sus acciones, y es más, que debemos comprenderlos y explicar sus acciones. Este acercamiento es un ejercicio que nos enfrenta a nosotros mismos, que nos permite conocernos y explicarnos. Nos enseña cómo somos. Es como si la historia pusiera delante de nosotros un espejo en el que nos reflejáramos para reconocer, con la ayuda de la claridad que emana de nuestro pasado, los rasgos de nuestro rostro.

El hombre es un ser social. No se le puede comprender si no es a la luz de ese carácter que lo sumerge en un mar de vínculos que lo dotan de un sentido muy peculiar. Es así que el conocimiento del pasado sólo puede ser comprendido como algo que nace de una sociedad, y sólo tiene razón de ser en función de ella. Hay pues, en otras palabras, una función social propia del ejercicio que significa conocer el pasado.

Bien se puede concluir que la historia, al ser nuestra memoria y darnos acceso al conocimiento de aquello que nos constituye, nos permite tanto palpar nuestra humanidad con todo el peso y la significación de su carácter social, como caminar por los senderos de nuestra realidad que, sólo fundada en el pasado, puede conducirnos hacia nuestra libertad. ■